

colocadas en los caminos, defienden á los viajeros de todo peligro ; es el protector de los extranjeros, su proxena celeste (1). Por último, Mercurio es un dios esencialmente pacífico (2) : rara vez toma parte en los combates, y cuando aparece en ellos sus armas son inofensivas (3). ¡Símbolo poético de la mision providencial del comercio! Tiempo vendrá en que Mercurio se despojará de su grosera vestidura, y entónces aparecerá el dios en todo su esplendor ; amigo de los hombres, los unirá con los dulces lazos de la paz y de la concordia.

(1) PRELLER, *Real Encyclopädie der Alterthumswissenschaft*, en la palabra *Mercurius*.

(2) Baco «ama la alegría de los festines, es amigo de la paz, divinidad bienhechora que proporciona la riqueza y puebla la tierra.» EURÍPID., *Bacchus*, v. 418 y sig.

(3) Segun una tradicion referida por PAUSANIAS (IX, 22, 2), ayudó á los Tagnagrios á rechazar á los Eritreos que los habian atacado, pero sin más armas que el peine de que se servian los jóvenes en el baño (στλέγγι).

CAPITULO IV.

GEOGRAFÍA.

§ I.—Conocimientos geográficos de los Griegos.

La raza helénica se dispersó por todo el globo. Tardó poco en establecerse en Oriente ; las relaciones formadas por las colonias recibieron una gran extension con la guerras médicas primeramente, y despues con las conquistas de Alejandro. El Asia se hizo griega hasta la Bactriana ; en las márgenes sagradas del Ganges y del Nilo se fundaron ciudades y reinos griegos. Cirene abria el Africa á los viajeros. Muchos establecimientos en el Occidente y en el Norte estaban en comunicacion con los Bárbaros. ¿Correspondian los conocimientos geográficos de los Griegos á la extension de aquellas relaciones?

Oriundos del Asia, los Helenos conservaron como un sello del genio oriental, genio inclinado á lo maravilloso y que puebla el mundo de seres y de países imaginarios ; su mayor felicidad consistia en escuchar cuentos y fábulas, y admitian como verdaderas todas aquellas narraciones que impresionaban su imaginacion (1). Otra causa más contribuyó á dar un color fabuloso al conocimiento de la tierra. El hombre experimenta una necesidad irresistible de perfeccion. Como no tenian conciencia de la perfectibilidad huma-

(1) DION. CHRYS., *Or.*, XI: τούτου δὲ αἴτιον ἔργον εἶναι, ὅτι φιλήθενοί εἰσιν ἡ Ἕλληνες. ἃ δ' ἐν ἀκούσῳσιν ἠδέω; τινός; λέγοντες, ταῦτα καὶ ἀληθῆ νομίζουσι.—C. ARISTOT., *ap. ATHEN., Deipnos*, I, 10.

na, los antiguos embellecieron el pasado con las más poéticas fábulas. La edad de oro no bastaba á satisfacer la sed de felicidad que los atormentaba; les parecía que la felicidad á que aspiraban debía existir en alguna parte en comarcas más favorecidas por los dioses; poblaron, pues, los países desconocidos con naciones que disfrutaban de una felicidad completa (1). Las colonias hubieran debido ser un auxiliar admirable para los descubrimientos geográficos; pero faltaba á los colonos un lazo comun, y carecían de afición á las empresas lejanas. Várias repúblicas han ejercido el imperio del mar, y sin embargo, ninguna emprendió una de aquellas expediciones marítimas que ilustraron á la raza fenicia. Antes del impulso que Alejandro dió á las relaciones internacionales, no menciona la historia más que un viaje, el del Marselles Piteas. Solamente viajaban los historiadores, porque se veían precisados á buscar sobre el terreno los hechos que el aislamiento de los pueblos no les permitía conocer de otra manera.

Así se explica la extremada ignorancia de los Griegos en lo que se refiere á los pueblos lejanos. La España fué siempre para ellos un El Dorado, un país de quimeras (2). Roma era ya una ciudad poderosa, y los Helenos apénas sabían todavía su nombre. Antes de Herodoto no tenían más que una idea vaga de la Italia, áun cuando habian fundado en ella numerosas colonias (3). Los Atenienses emprendieron la conquista de Sicilia sin conocer la extensión de aquella isla ni las naciones que la habitaban (4). Las guerras de Alejandro fueron un verdadero viaje de descubrimiento. Sin embargo, á pesar de las escasas comunicaciones de los pueblos y de la credulidad de los Griegos, la ciencia progresó. El mundo poético de Homero y de Hesiodo fué reemplazado por las admirables investigaciones de Herodoto. Piteas inauguró los viajes, que fueron proseguídos por Alejandro y sus sucesores. El tesoro de conocimientos geográficos que Grecia transmitió á Roma es inmenso, si se tiene en cuenta el punto de partida. Prosiguió su obra bajo la dominación romana; la geografía antigua es deu-

(1) O. MÜLLER, *Goetting, Gelherte Anzeigen*, 1838, núms. 38, 39, p. 372.

(2) STRAB., lib. III, p. 184.—PLIN., H. N., XXXVII, 2.

(3) BARTHÉLEMY, *Viaje del jóven Anacarsis*, c. 65.

(4) THUCYD., VI, 1.

dora de sus progresos á los escritores griegos; la ciencia, tal como fué formulada por Tolomeo, ha sido durante muchos siglos la de la humanidad moderna.

§ II.—Los poetas.

N.º 1.—Homero (1).

Estrabon llama á Homero el más antiguo de los geógrafos (2). La Iliada y la Odisea eran respetadas por los griegos como la fuente sagrada de todas las ciencias. Los detalles más fabulosos del viaje de Ulises eran admitidos como ciertos. Para poner en armonía al divino poeta con los conocimientos nuevos recurrían los sabios á mil interpretaciones arbitrarias y forzadas (3). Los poemas de Homero no son ya para nosotros el libro de la ley; pero hasta sus errores presentan tanto interes como la verdad, porque son una pintura fiel de las opiniones del género humano en su infancia.

La Tierra está representada en el escudo de Aquiles como un disco rodeado por todas partes por el rio Océano (4). Esta singular trasformación de la inmensidad de los mares en un rio aparece en todos los poetas antiguos; en tiempo de Herodoto todavía dibujaban los geógrafos el mapamundi segun las ideas de Homero. El centro del disco está ocupado por el continente y las islas

(1) MALTE-BRUN, *Historia de la Geografía*, libro 2.—*Real Encyclopädie der classischen Alterthumswissenschaft*, en la palabra *Geographie*.

(2) STRAB., lib. I, p. 5: ἀρχαιότερος τῆς γεωγραφικῆς ἐμπειρίας.

(3) ÜBERT, *Geographie der Griechen und Römer*, t. I, 2.ª sección, p. 310-319.—Las alucinaciones de los sabios modernos son bastante más ridículas que las piadosas hipótesis de los antiguos. JUSTE LIPSE creía haber encontrado la estancia de Ulises en Flesinga (*Vliessingen-Ulyssingen*); Zirkzeo le recordaba la isla de Circe (J. LIPS., *ad Tacit. Germ.*, c. 3). RAMUS escribió una disertación para probar la identidad de Ulises y de Odin (*Ulysses et Odinus, unus et idem*, 1702); segun él, *Hypereia* es la Iberia, la isla de Eolo es Inglaterra (*Albion*); no hay nada, hasta el nombre de *Gran Bretaña*, que no tenga su origen en la Odisea.

(4) ILIAD., XVIII, 606.

de la Grecia; el centro de la Grecia era, pues, el centro del mundo entero. La misma preocupacion existia entre los Indios, los Hebreos y los Escandinavos; cada pueblo, hallándose aislado y no conociendo más que el país que habitaba, se creía colocado en el medio de la Tierra. Homero da una descripción bastante exacta de la Grecia; descendiendo á detalles que hacen presumir que habia recorrido los lugares que describe.

En cuanto salimos de la Grecia, los conocimientos del poeta adquieren vaguedad y se acercan á lo fabuloso. No conoce á los Escitas: los designa, segun Estrabon, bajo el nombre de Hipomolgos, «pueblo ilustre que se alimenta de leche, los más justos de los hombres» (1). La isla de Corcira es el límite occidental de la tierra homérica; apenas se ven en ella las costas meridionales de Italia como en una oscura lontananza. Por el estrecho de Sicilia entramos en un mundo imaginario. Los terrores de los primeros navegantes poblaron aquellos mares de prodigios espantosos. Habia en ellos *rocas errantes*, que no puede salvar ningun pájaro, ni aún las palomas que llevan á Júpiter la ambrosía. Ningun navegante podia alabarse de haber escapado de los furiosos del terrible *Escila*. El mismo Neptuno no podia librar de la muerte al temerario que se acercaba á la formidable *Caribdis* (2). La Sicilia es designada con el nombre de Thrinacia. Homero la puebla de maravillas; allí pacian los rebaños consagrados al dios del día; los mortales que se atreven á acercarse encuentran una muerte segura; allí viven los orgullosos Cíclopes, en las cimas de las montañas ó en grietas profundas, aislados y sin leyes. Más léjos están los Lestrigones, hombres altos como montañas, los cuales hirieron con piedras enormes á los compañeros de Ulises, y se los llevaron para sus bárbaros festines (3). Al occidente de la Sicilia lo maravilloso domina por completo: sería inútil buscar las tierras que inspiraron al poeta en la descripción á las encantadas moradas de Calipso, de Circe y de la isla flotante de Eolo. No seguiremos á Ulises en los viajes que emprende bajo los auspicios de Cir-

(1) ILIAD., XIII, 5, 6.

(2) ODYS., XII, 59 y sig.

(3) IBID., XII, 127 y sig.; IX, 105 y sig.; X, 80 y sig.

ce: las hadas tienen el privilegio de abreviar las distancias y de crear prodigios. El mapamundi homérico termina por la parte de Occidente con dos comarcas fabulosas, cuyos nombres aparecen en las tradiciones de toda la antigüedad y que aún hoy son motivo de discusión. En los límites del profundo Océano coloca el poeta el pueblo de los Cimerios, rodeado siempre de tinieblas y de nubes (1). Por el contrario, en los Campos Elíseos no hay nunca nieve ni lluvia, ni inviernos largos (2). Se ha creído encontrar alguna relación entre los Cimerios y los Cimbrios. El Eliseo de Homero ejerció poderosa seducción sobre el espíritu de los hombres: cuando los descubrimientos geográficos demostraron que era una creación del poeta, la imaginación popular lo reemplazó con las Islas Afortunadas y la Atlántida.

Homero habia nacido bajo el hermoso cielo de la Jonia: lo que mejor conoce son las costas occidentales del Asia. Fuera del Asia Menor, la geografía homérica vuelve á caer en la vaguedad. Sin embargo, los Griegos tenían ya en aquella época relaciones con los Fenicios. Homero habla con admiración de la industria de los de Sidon; tenían fama de buenos navegantes y de rateros diestros (3). Hacia el Mar Negro volvemos á entrar nuevamente en el terreno de las fábulas. Las Amazonas pertenecen aún en parte á la historia (4); pero el reino del sabio Aetes está fuera del mundo real (5). La Colquidia es un país de encantamientos; en él coloca el poeta el palacio del sol y el teatro de los amores de aquel dios con las numerosas hijas del Océano.

El Africa, que ya por fin empieza hoy á revelarse á los infatigables viajeros inspirados por la pasión de la ciencia, ha sido una de las partes del mundo más antiguamente conocidas, gracias á la reputación de sabiduría de los habitantes de las orillas del Nilo. Homero celebra sus conocimientos médicos: los Egipcios poseían

(1) ODYS., XI, 13 y sig.—UKERT., *Geographie*, t. III, 2.ª sección, p. 360-379.

(2) IBID., IV, 563 y sig.

(3) IBID., XV, 415 y sig.; XIV, 288 y sig.—Véase el tomo I de mis *Estudios*.

(4) FRÉRET, *Observaciones sobre la historia de las Amazonas* (*Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. XXI, p. 106).—UKERT., *Geographie der Griechen und Römer*, t. III, 2.ª sección, p. 379-393.

(5) ODYS., XII, 70.

hasta un secreto para calmar los dolores del alma, «preparacion maravillosa que disipa la tristeza, la cólera, y proporciona el olvido de todos los males: el que la mezcla con su bebida en la copa no llora en todo el día, aún cuando perdiera á su padre ó á su madre, ó viera con sus propios ojos perecer á mano airada á su hermano ó á su hijo querido» (1). No habia en la antigüedad ciudad más famosa que Tébas «la de las cien puertas, cada una de las cuales daba paso á doscientos guerreros con sus caballos y sus carros» (2). El resto del Africa es designado por el poeta bajo el nombre de Libia; pero no sabe nada de ella, sino que «en aquel país los corderos jóvenes tienen ya cuernos, y que las ovejas paren tres veces al año» (3). La imaginacion de los Griegos suplía su ignorancia; llenaron el Mediodía de su mapamundi, lo mismo que el Occidente y el Norte con pueblos fabulosos; tales eran los Etiopes, «los más sabios de los hombres, á cuyo país bajan con gusto los dioses para asistir á sus sacrificios y á sus festines» (4).

N.º 2. — *Hesiodo* (5).

Dos ó tres siglos separan á Hesodio de Homero. Aun cuando no hayan cambiado las nociones generales acerca de la tierra, el círculo de los conocimientos positivos se ha ensanchado. La Italia aparece en la *Teogonía*; pero no lleva aún el nombre con que se ha immortalizado (6). Algunos rumores vagos habian hecho saber á los Griegos que enfrente del fabuloso Atlas existia un país de poético aspecto, adornado de naranjos y limoneros; la imaginacion popular lo trasformó en jardines de las Hespérides (7). Maravillas mayores aparecen en los poemas de Hesodio: segun Herodoto, el poeta introdujo en la geografía el más célebre de los

(1) ODYSS., IV, 231 y sig.; 220 y sig.

(2) ILIAD., IX, 381 y sig.—C. ODYSS., IV, 126.

(3) ODYSS., IV, 85 y sig.

(4) IBID., I, 22 y sig.—ILIAD., I, 423 y sig.

(5) FORBIGER, *Handbuch der alten Geographie*, t. I, p. 21-23.—UKERT, *Geographie der Griechen und Römer*, t. I, 1.ª seccion, p. 36 y sig.

(6) THEOG., 1012, 1014.

(7) IBID., 215, 275, 518.

pueblos imaginarios, los Hiperbóreos (1). Su nombre mismo manifiesta la ignorancia de los siglos en que tales creencias se arraigaron; habitaban al Norte de los montes Rifeos, morada del viento Bóreas tan temido por los Griegos; creíase que esta posicion los defendia de sus helados soplos. De aquel país bendito del cielo recibió la Grecia, segun se dice, la planta del olivo (2). La felicidad de los habitantes era proporcionada á su morada. No se han conservado las narraciones de Hesiodo, pero indudablemente Píndaro es el eco de las antiguas tradiciones cuando representa á los Hiperbóreos «celebrando las fiestas de Apolo, coronados de laurel, al compas de las arpas y de los cantos de las vírgenes. Aquellos hombres sagrados, dice, no tienen enfermedades ni vejez, no conocen los trabajos ni los combates» (3). La historia de aquella raza fabulosa presenta tanto interes como los anales de otras naciones ménos felices, cuya existencia entera se pasa en medio de los combates. Las relaciones de los Focios con España no permitieron ya creer en los jardines de las Hespérides, ni en los pueblos que habitaban más allá de los montes Rifeos; pero se abrió á la imaginacion un nuevo espacio, la inmensidad de los mares; se asignó á los Hiperbóreos una isla extraordinariamente fértil, cuya situacion enfrente de los Celtas coincide poco más ó ménos con la de la Gran Bretaña (4). Las armas de César los arrojaron de aquella mansion maravillosa; pero la fe en la existencia de aquellos hombres afortunados se habia arraigado en términos que las geógrafos del Imperio no vacilaron en trasladarlos á los confines septentrionales de la tierra. Aquel país, aunque situado bajo el polo, era cálido y fértil; sus habitantes observaban religiosamente la justicia, pasaban sus días en el seno de los placeres, y morian voluntariamente hartos de felicidad (5).

(1) HERÓD., VI, 32.—UKERT, *Geographie*, t. III, 2.ª seccion, p. 393-406.

(2) PAUSAN., V, 7, 7, 8.

(3) PINDAR., *Pyth*, X, 46 y sig.—*Olymp.*, III, 28, 55 y sig.

(4) HECAT., ap. DIODOR., II, 47.

(5) POMPON. MELA, III, 5.—PLIN., IV, 26, 13. Apénas se puede dudar de la existencia de esta nacion, dice PLINIO, porque demasiados escritores refieren que tenian la costumbre de enviar las primicias de los frutos á la isla de Délos, á Apolo.

Tal es la historia de los Hiperbóreos; los sabios se han obstinado durante mucho tiempo en buscar un pueblo real en aquellos seres imaginarios (1). La ciencia moderna, aun cuando dividida en sistemas diversos, ha adquirido ideas más exactas. Los geógrafos más ilustres, Voss, Mannert y Humboldt, creen que las tradiciones relativas á los Hiperbóreos eran el resultado de los descubrimientos hechos por los navegantes, á los cuales daban forma poética la inclinación á lo maravilloso y la credulidad (2). Nosotros preferimos ver en ellos, como los mitólogos, una localización de las creencias relativas á la edad de oro y al paraíso terrestre. Los Hiperbóreos pertenecen más bien á la filosofía de la historia que á la ciencia geográfica. El género humano no ha encontrado nunca la felicidad inalterable que los antiguos, por un seguro instinto de la realidad, pusieron en lugares inaccesibles. Las doctrinas que prometen la felicidad en una vida futura entretienen al hombre con las mismas ilusiones que los poetas antiguos que la colocaban en el origen del género humano ó en pueblos fabulosos, porque la perfección es incompatible con el estado de la criatura, que es imperfecta por su esencia. ¿Era, pues, todo completamente imaginario en los sueños de la antigüedad? No; hay en ellos la aspiración á un destino mejor que el que veían. Este deseo es tan profundo, tan universal, tan indestructible, que debe ser una inspiración de Dios. Solo que, en vez de creer en una perfección relativa en lo pasado, debemos esperar los progresos futuros de la humanidad. Es un ideal que tenemos delante de nosotros y que nos da voluntad y fuerzas para mejorar la condición humana. Pero aun cuando el hombre sea perfectible, estará siempre lejos de la perfección que concibe. Dentro de estos límites necesarios podemos esperar, como los antiguos, que la naturaleza será domada, que toda la tierra será un jardín de las Hespérides; que los hombres, inspirados por un vivo sentimiento de la fraternidad, vivirán en paz; que, si no mueren hartos de felicidad, por lo ménos, la muerte dejará de ser un mal y no será más que un cambio de formas en

(1) Según un sabio sueco, los Hiperbóreos eran los señores y los barones de la Suecia (MALTE-BRUN, *Historia de la Geografía*, libro XII).

(2) HUMBOLDT, *Exámen crítico de la historia de la Geografía*, t. I, página 112, 171.

una vida sin fin. Considerada bajo este punto de vista, la geografía mitológica de la Grecia es un magnífico símbolo de los destinos futuros de la humanidad.

§ III.— Los Historiadores.

Los primeros ensayos de la Historia se confunden, por decirlo así, con la geografía: de esta manera es como debemos considerar á los *logógrafos*, para apreciar su verdadero mérito. Estos modestos narradores tienen su importancia en las relaciones internacionales; no es exageración el decir que contribuyeron á fundar la unidad humana. Todos los *logógrafos* viajaron; en el estado de aislamiento en que vivían los pueblos en aquella remota época, apenas era posible escribir una simple crónica sin recoger sobre el terreno las tradiciones populares; aquellos historiadores viajeros enseñaron á los habitantes de las pequeñas ciudades griegas que había un mundo más allá de su reducido horizonte. Se atribuye á *Dionisio de Mileto* (1) la primera descripción de toda la tierra. En la misma ciudad nació *Hecateo* que puede ser considerado como el padre de la geografía; visitó el Egipto y el lejano Occidente, que entonces era para los Griegos un mundo desconocido. Citaremos también á *Caron de Lampsaco* que recogió nociones geográficas relativas á la Etiopía, la Libia y la Persia; viajó más allá de las columnas de Hércules. *Helánico*, contemporáneo de Herodoto, forma la transición entre los *logógrafos* y la historia propiamente dicha (2).

La gloria de Herodoto sobrepujó á la de todos sus predecesores. Como las guerras médicas se relacionaban con los destinos del Oriente y del Egipto, su historia vino á ser como una revelación de la tierra entonces conocida. Para sus contemporáneos las narraciones del padre de la historia tenían todo el interés de los descu-

(1) 510 años antes de Jesucristo (FORBIGER, *Handbuch der alten Geographie*, t. I, p. 48).

(2) FORBIGER, t. I, p. 59 y sig.

brimientos; la posteridad, engañada por la ingenuidad del narrador, reputó por mucho tiempo como fabulosas sus historias; pero á medida que los viajeros penetraron en las comarcas descritas por el historiador griego, los hechos increíbles se han ido cambiando en verdades. Su autoridad como geógrafo es tanto más considerable, cuanto que visitó personalmente los países que describe. Embarcándose unas veces con los comerciantes de la Jonia y de las islas próximas, uniéndose otras á las caravanas, recorrió una gran parte de Europa, Asia y Africa (1).

Los exactos detalles que da Herodoto respecto de la Grecia continental, tales como la descripción del célebre desfiladero de las Termópilas, demuestran que visitó el teatro de la memorable lucha de los Persas y los Helenos. Nacido en la Jonia, su espíritu curioso le movió, sin duda, á visitar las colonias de los Griegos en las islas y en el continente. Un buque chipriota lo condujo á las costas de la Fenicia. Habia grandes caminos comerciales que ponian en comunicacion el Asia Menor con las ciudades fenicias del interior del Asia: Herodoto se unió á los comerciantes jonios á quienes atraia á Babilonia y á Susa el deseo de las riquezas; nuestro viajero supo encontrar un tesoro más precioso, la ciencia. No conocemos el limite de sus excursiones por el Oriente; pero podemos aventurarnos á suponer con el sabio Creuzer que penetró hasta la Bactriana y la Media, y que remontó hasta su origen el torrente que, despues de haber inundado el Asia, fué contenido por algunos hombres libres. Las colonias griegas del Ponto Euxino le abrieron el paso á los países septentrionales; recorrió la Rusia Meridional. Pudo ver á su satisfaccion el Mediodia de Italia y la Sicilia, puesto que se estableció en la Gran Grecia, en la que murió. De todos los países del mundo antiguo, el Egipto era el que tenía más atractivo para los Griegos. El cuadro que pinta Herodoto de aquella tierra maravillosa prueba que vivió en ella mucho tiempo; sus correrías alcanzaron probablemente hasta el extremo del valle del Nilo. Visitó tambien á los colonos griegos de Cirene, pero no vió á Cartago. Admiramos al atrevido viajero que

(1) *Real Encyclopädie der classischen Alterthumswissenschaft*, t. III, p. 1243 y sig. (Creuzer).

conversó con los sacerdotes egipcios, á quien el amor de la ciencia condujo hasta el lejano Oriente, y que se aventuró en medio de los Bárbaros para estudiar sus costumbres. Pero los trabajos de un hombre aislado no podian suplir la falta de comunicaciones entre los pueblos: Herodoto desconoció una gran parte de los tres continentes.

El Oriente acaba para él en la India: es, dice, la última comarca habitada hácia Levante (1). Fué el primero que dió noticias exactas acerca de los Escitas. Aquellos nómadas habitaban desde el Ister hasta el Tanais; eran invencibles en su país, y más de una vez llevaron el terror á los ricos valles del Eufrates y del Tigris. Cosa singular, el padre de la historia, cuya veracidad ha sido por mucho tiempo puesta en duda, es el ménos crédulo de los geógrafos antiguos. Cuenta con referencia á una tribu escita que en el Norte habitan los Egípodas, hombres con piés de cabra, pero, añade, esto no me parece creible. Refiere la fábula de los Arimaspos, que sustraen el oro á los Grifos, y añade con prudente reserva: «que haya hombres con un ojo solamente, y enteramente semejantes en lo demas á los otros hombres, es cosa de que no me puedo persuadir» (2). El nombre de Italia aparece por primera vez en Herodoto, pero solamente designa la gran Grecia; el Norte pertenece á los Etruscos; la futura señora del mundo es aún desconocida.

El Occidente es la parte del mundo de que ménos conocimiento tiene Herodoto; lo poco que dice prueba que la España, las Galias y las islas del Norte seguian cubiertas de tinieblas. Sin embargo, las columnas de Hércules no eran ya el límite de la Europa; los de Samos habian pasado más adelante. El nombre de los Pirineos llegó hasta los Griegos; pero, por una extraña confusion, la tradicion los convirtió en ciudad (3). Herodoto confiesa que se ignoraba si la Europa estaba rodeada por el mar hácia Levante y Norte. No sabía nada con seguridad respecto de sus limites occidentales. Se le habia dicho que el ámbar venía de un rio llamado

(1) HEROD., III, 106, 98; IV, 40.

(2) IBID., IV, 25; III, 116.

(3) IBID., II, 33.

Eridan que desembocaba en el mar del Norte; pero no comprende cómo los Bárbaros han dado á un rio un nombre griego. Declara que despues de muchas indagaciones, no ha encontrado á nadie que haya visto el mar que se supone en aquella region de Europa (1).

El África es hoy todavía una region desconocida. Las nociones que presenta Herodoto, aunque incompletas, admiran por su extension y por su exactitud. El Egipto está descrito con claridad. Comparando la narracion del historiador griego respecto de la marcha de las caravanas con la de los viajeros modernos, el sabio Heeren ha podido encontrar las comunicaciones que existian hace millares de años entre las poblaciones africanas. Con motivo de las fuentes del Nilo, el padre de la historia refiere un viaje que merece ser mencionado en unas investigaciones sobre las relaciones internacionales. Los Nasamones habitaban cerca del gran desierto. El espíritu de aventuras indujo á algunos jóvenes pertenecientes á las familias más poderosas á reconocer el interior de la Libia; anhelaban penetrar más adentro de lo que hasta entónces se habia llegado. Despues de haber atravesado extensas soledades, descubrieron por fin unos árboles en una llanura; estaban comiendo de sus frutos, cuando fueron sorprendidos por unos hombres pequeños, que se los llevaron por fuerza. Los Nasamones no entendian su lengua, ni aquellos hombrecillos entendian la de los Nasamones. Los condujeron á traves de algunos pantanos; despues llegaron á una ciudad, cuyos habitantes eran todos negros. De Poniente á Levante corria á lo largo de la ciudad un gran rio en el que habia cocodrilos (2). Herodoto creia que aquel rio era el Nilo; los sabios modernos suponen que era el Niger. Vemos, pues, que desde la más remota antigüedad dominó á los hombres la pasion de los descubrimientos; la Providencia incitó á los Bárbaros, lo mismo que á los pueblos civilizados, á abandonar sus hogares para descubrir la tierra habitable; curiosidad divina que, completando el conocimiento del globo, añade cada dia un nuevo eslabon á la cadena que une á los hombres y va preparando su asociacion futura.

(1) HEROD., IV, 45; III, 115.

(2) IBID., II, 32.

N.º 2. — *Ctesias.*

Los grandes maestros del arte histórico que siguen á Herodoto no presentan más que un interes secundario bajo el punto de vista de la historia de la geografia; los asuntos de sus historias, circunscritos en reducido espacio, no les obligaban á comprender en sus narraciones la tierra entera. Sin embargo, poco á poco iban disipándose las tinieblas que envolvian el Occidente. Scilax, contemporáneo de Filipo de Macedonia, conoce un gran número de ciudades en las costas del Mediterráneo. Marsella brillaba ya en las Galias. Scilax fué el primero que pronunció entre los Griegos el nombre todavía oscuro de Roma (1).

El Oriente iba á verse pronto iluminado por las conquistas de un héroe civilizador. Antes de la expedicion de Alejandro, la India era para la Grecia un país fabuloso. Herodoto habia hablado de él, refiriéndose á las narraciones persas. Otro historiador reunia, al parecer, todas las cualidades necesarias para dar á conocer el Oriente á los Griegos. Nacido en Asia, Ctesias fué llamado como médico á la córte de los reyes de Persia, en la que vivió diez y siete años: compuso una grande obra histórica con los datos oficiales que se hallaba en posicion de consultar. Pero ya se sabe cómo escriben la historia los Orientales; los hechos más sencillos toman proporciones gigantescas, y la realidad desaparece entre las ficciones. Tal es el color de la descripcion de la India hecha por Ctesias. Algunos fragmentos se conservan, y justifican desde luego la censura que ha recaido sobre su autor. No son más que una pintura imaginaria de un país maravilloso (2).

Nada dirémos de los seres fabulosos del mundo físico; la poblacion de la India, que segun Ctesias excede á la del resto de la tierra, presenta bastantes detalles milagrosos. La nacion de los pigmeos es una de las más interesantes creaciones de la imagina-

(1) MALTE-BRUN, *Historia de la Geografia*, lib. IV.—FORBIGER, *Handbuch der alten Geographie*, t. I, p. 113 y sig., 123 y sig.

(2) LASSEN, *Indische Alterthumskunde*, t. II, 2, p. 636-660.

cion oriental. Son de raza india; los más altos no tienen más que dos codos, y la mayor parte sólo alcanzan á uno y medio; sus cabellos y su barba son más largos que los de los demas hombres, y les sirven de vestido; los animales de que se sirven son proporcionados á su estatura; los caballos y animales de carga son del tamaño de nuestros carneros. No hay que dudar de la veracidad de esta descripción, porque el historiador griego os asegurará que el rey de las Indias tiene tres mil de estos pigmeos á su servicio. Las montañas de la India contienen otra clase de maravillas; hay en ellas una nacion de 30.000 almas en que nacen los hombres con hermosísimos dientes: tienen ocho dedos en las manos y en los piés; sus orejas son tan largas que se tocan y les cubren las espaldas y los brazos hasta el codo. Vienen despues los Monocolos, los cuales, aunque no tienen más que una pierna, saltan con extrema agilidad: se los llama tambien Sciapodos, porque en verano se tienden de espaldas en el suelo y se defienden del sol con la sombra de su pié (1).

Para juzgar la obra de Ctesias no debemos perder de vista que no hizo más que recoger las tradiciones de los Persas sobre la India: la imaginacion oriental, exaltando y exagerando la riqueza de la naturaleza, dió origen á descripciones como las de Ctesias. Aquellos seres fabulosos tenían una existencia verdadera en las creencias populares; figuran en los libros sagrados de los Indios y en sus poemas (2). Los antiguos se formaban una idea falsa del poder de la naturaleza, cuyos secretos no habian penetrado: no dudaban de la realidad de aquellas criaturas monstruosas; volveremos á encontrarlas en las narraciones de los compañeros de Alejandro y hasta en las obras de los últimos geógrafos de la antigüedad.

La India era realmente la tierra de las maravillas; pero lo más maravilloso era el carácter singular del pueblo, el concepto que tenía de la vida, su literatura, su filosofía, su religion. ¿No dió

(1) CTESIÁS, *Ind.*, 11, 31.—PLIN., *H. N.*, VII, 2, 16.

(2) *Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes*, t. II, p. 40-63.—VON BOHLEN, *Das alte Indien*, t. I, p. 264.—Algunas de estas fabulosas tradiciones tienen un fondo histórico: tal es la fábula de las hormigas que buscan el oro (RITTEB, *Asien*, t. II, p. 658-660.—LASSEN, *Ind. Alterth.*, t. I, p. 849).

Ctesias á sus compatriotas ninguna noticia sobre un asunto tan interesante para ellos? Sabemos que hablaba de los usos y de las leyes de los Indios, alababa su justicia y su desprecio de la muerte. Este último punto era esencial á la sabiduría india. Desgraciadamente la obra de Ctesias no ha llegado hasta nosotros; no la conocemos más que por los extractos hechos por el patriarca Focio en el siglo IX de nuestra era, y el compilador se ha esmerado en olvidar todo aquello que podia interesar á la posteridad.

§ IV.—Los Viajeros.

N.º 1.—Piteas.

Piteas es el primer navegante griego cuyo nombre ha pasado á la posteridad. Sus viajes daban ya lugar en la antigüedad á opiniones contradictorias. Polibio dice que si Mercurio afirmase haber recorrido el Norte hasta los confines del mundo, no le creeria; ¿cómo, pues, habia de creer que un mortal haya llevado á cabo semejante viaje? (1). Estrabon le acusa abiertamente de mentira (2), al paso que Eratóstenes (3), é Hiparco (4) le conceden gran crédito. Este disentimiento continúa entre los geógrafos. Los unos consideran á Piteas como un charlatan y dicen que ha abusado grandemente del refran: *á luengas tierras luengas mentiras* (5). Otros lo colocan al lado de Gama, de Colon, de Magallanes, «especie de conquistadores más dignos de vivir en la memoria de los hombres que Sesóstris y Alejandro» (6). La ciencia moderna ha absuelto á Piteas; ha sabido distinguir lo que habia de real en

(1) POLYB., XXXIV, 5, 7, 9.

(2) STRAB., lib. I, *in fine*: ἀνὴρ ψευδέστατος.

(3) POLYB., XXXIV, 5, 8.

(4) HIPPARCH., *Astron. Inst.*, p. 232.

(5) GOSSELIN, *Investigaciones sobre la geografia de los antiguos*, t. IV, p. 180.—BAYLE, en la palabra *Pytheas*.

(6) BOUGAINVILLE, *Memoria sobre la vida y obras de Piteas, en las Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. XIX, p. 146-165.

sus descubrimientos de las tradiciones fabulosas que con ellos aparecen mezcladas (1).

No es conocida la época en que Piteas llevó á cabo sus viajes: se sabe únicamente, según las investigaciones de *Bougainville*, que vivió poco tiempo ántes que Aristóteles (2). Parece que su navegacion tuvo un fin comercial; tal vez la república de Marsella le habia encomendado alguna expedicion á los mares del Norte en donde los comerciantes fenicios hacian tan lucrativo comercio con los Bárbaros. Piteas costó la España y las Galias; despues, dirigiéndose hácia Levante, llegó á las costas orientales de Inglaterra; según su detractor Estrabon, el navegante marseles pretendia haber dado vuelta á la isla; lo cierto es que se le deben las primeras noticias acerca de la Bretaña. Navegando siempre hácia el Norte, llegó hasta el Mar Glacial. En aquellos lejanos parajes descubrió la isla de Thulé, último límite de los conocimientos de los antiguos en el Noroeste de Europa, y célebre por las diversas interpretaciones á que ha dado lugar lo incierto de su posicion; unos han creído que era Islandia (3), otros la Noruega meridional ó la costa occidental de la Jutlandia (4). El atrevido marino regresó por el Mar del Norte, pero esta segunda parte de su expedicion presenta tantas dificultades como la primera (5).

La relacion que Piteas escribió de sus viajes no ha llegado hasta nosotros. Polibio encontró en ella cosas fabulosas, que le inspiraron una prevencion infundada contra su autor. Tal es la famosa descripcion de las regiones glaciales: «no existe allí ni tierra, ni mar, ni aire; no hay más que una especie de concrecion de estos

(1) MALTE-BRUN, *Historia de la Geografía*, libro VI.—PARDESSUS, *Coleccion de las leyes marítimas*, Introduccion, p. XXXV y sig.—LELEWEL, *Piteas de Marsella*.—BESSELL, *Pytheas von Massilien* (1858).

(2) BOUGAINVILLE, *Memoria*, p. 148.

(3) D'ANVILLE dice que la Islandia ha sido desconocida de los antiguos; que los primeros vestigios de su existencia se encuentran en un diploma de Luis el Benigno del año 883 (*Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. XXXVII, p. 436-442).—BESSELL, en su *Monografía sobre Piteas*, cap. II, trata de demostrar que Thulé no puede ser más que la isla de Islandia.

(4) MALTE-BRUN, *Historia de la Geografía*, lib. VI.—LELEWEL toma á Thulé por las islas Shetland (p. 34).

(5) FORBIGER, t. I, p. 149.—BOUGAINVILLE cree que Piteas hizo dos viajes diferentes, uno al Norte, otro al Nordeste de Europa (*Memoria*, p. 151).

tres elementos, semejante al pulmon marino, materia que envuelve completamente á la tierra, al mar, á todas las partes del universo, y es como su lazo comun, á través de la cual no es posible navegar ni andar» (1). Es difícil creer que esta narracion proceda del mismo hombre que fué el primero que descubrió entre los antiguos la verdadera teoría de las mareas, y cuyas observaciones astronómicas han resultado exactas según Cassini (2). Después de todo, Piteas era Griego y viajero; por este doble concepto se le puede perdonar que haya mezclado algunas fábulas con muchas verdades; no por esto deja de merecer un lugar eminente en la historia de los descubrimientos geográficos y de las relaciones internacionales: aquel que en la antigüedad fué el único que llegó hasta los mares del Norte, debe ser colocado al lado de Colon y de Gama más bien que al lado de los impostores.

N.º 2. — *Los viajes de descubrimiento de Alejandro.*

Quinto-Curcio dice que Alejandro únicamente queria conquistar el mundo para entregarlo al conocimiento del género humano. No contribuyó el héroe griego solamente por medio de sus conquistas al progreso de la ciencia geográfica (3); su genio universal abarcaba las ciencias lo mismo que la guerra, la política y el comercio; se hizo acompañar en su expedicion, lo mismo que el gran conquistador del siglo XIX, por los hombres más sabios de la Grecia (4). Deseando establecer relaciones entre la India y su vasto Imperio, resolvió explorar los mares desde la desembocadura del Indo hasta el fondo del golfo pérsico. Esta empresa era gigantesca para aquella época. Alejandro mismo, que no retrocedia ante

(1) POLYB., xxxiv, 5, 3 y sig.

(2) UKERT (*Geographia*, t. I, 2.ª seccion, p. 309) dice, con razon, que no se puede condenar á Piteas por el testimonio de autores que parecen serle hostiles.

(3) HUMBOLDT dice que las guerras de Alejandro duplicaron los conocimientos geográficos de los Griegos (*Cosmos*, t. II, p. 184, trad. fr.).

(4) FORBIGER, t. I, p. 139.—HUMBOLDT (*Cosmos*, p. 190, 191) dice que la expedicion macedónica puede ser, con razon, considerada como una expedicion científica. Alejandro es el primer conquistador que se ha hecho acompañar de naturalistas, géometras, historiadores, filósofos y artistas.

ningun obstáculo, vaciló; temió la pérdida de la flota y la mancha indeleble que caería sobre su nombre; sin embargo, la ambición de llevar á cabo cosas grandes é inauditas triunfó (1).

La navegacion hasta las bocas del Indo parecia ya un largo viaje. Alejandro, en su afán de conquistar toda clase de gloria, quiso bajar en persona por el río (2). Como carecia de guías, dice su historiador, se abandonó con todos aquellos valientes á merced de un elemento desconocido. Los marinos iban á la ventura sin saber qué camino seguian, ni cuanto distaban del mar, ni qué pueblos habitaban en las márgenes, ni si la desembocadura era navegable y para qué clase de barcos; su única confianza en tan temeraria empresa era la no desmentida suerte del rey. Habian recorrido ya cuatrocientos estadios, cuando los pilotos dijeron á Alejandro que empezaban á sentir el aire del mar. Lleno de alegría al oír esto, animó á los marineros á remar con todas sus fuerzas, y dijo á sus soldados que tocaban ya al fin de sus trabajos y al colmo de su gloria, y que llegando á ser señores del universo, verian bien pronto cosas que solamente eran conocidas de los dioses inmortales. Pero faltaba lo más peligroso de la empresa; la navegacion por el Océano indico. Alejandro no sabía á quién confiar el mando de la flota para inspirar confianza á la tripulacion que creia correr á una muerte segura. *Nearco* ofreció sus servicios; el rey al principio no los aceptó, temeroso de exponer á tantos peligros á uno de sus amigos; pero acabó por ceder á las instancias del marino. Marineros y soldados se alegraron de este nombramiento; los sacrificios y regalos magníficos hechos á todos los dioses del mar, y principalmente la buena estrella de Alejandro, les infundieron valor. Al cabo de un viaje de siete meses *Nearco* condujo con felicidad la flota al Eufrates. Alejandro habia desesperado ya de verle volver; acogió con desconfianza los primeros rumores de su desembarco; cuando se confirmó la noticia, juró por los dioses que le causaba más alegría que la conquista del Asia entera. Celebráronse juegos por tan fausto acontecimiento: *Nearco* fué el héroe de ellos; todo el ejército le manifestó su admiración;

(5) *ARRIAN., Indíc., 20.*

(6) *IBID., 18, 19.—Q. CURT., IX, 9.*

el vencedor del Oriente le honró con una corona de oro (1). Aquella empresa, que pareció temeraria á Alejandro, es hoy un viaje fácil; pero debemos recordar que la navegacion estaba entonces en su infancia. Los Griegos no habian salido aún del Mediterráneo; observaron por primera vez el fenómeno del flujo y reflujo en la desembocadura del Indo. *Quinto-Curcio* nos refiere los terrores del ejército con este motivo; viendo que el mar se elevaba é inundaba las campiñas, los soldados creyeron que iban á ser anegados porque los dioses irritados querian castigar su temeridad (2).

La expedicion de *Nearco* no llenó el objeto que se habia propuesto el vencedor del Asia, el de establecer una comunicacion marítima entre el Oriente y el Occidente. El camino que el almirante habia recorrido fué abandonado ó poco frecuentado, segun parece, bajo los sucesores de Alejandro. Las conquistas de los Griegos en la India no tuvieron nada de definitivo; no dieron más que un conocimiento vago de aquellas lejanas comarcas. Tal es la suerte de todos los descubrimientos. Durante siglos la América fué la morada de pueblos imaginarios; lo mismo sucedió con la India. *Estrabon* se queja amargamente de las fábulas que los compañeros de Alejandro mezclaron en sus narraciones; los acusa de mentir, y preciso es confesar que á veces tiene razon (3). Uno de los generales macedonios, *Crates*, escribió á su madre que el rey habia llegado hasta el Ganges; declara haber visto el río sagrado y lo describe detalladamente; y sin embargo, el ejército no pasó del Indo! Los hombres más eminentes, el almirante *Onesicrito*, *Nearco* mismo, cedieron á la inclinacion irresistible de contar cosas extraordinarias de aquel Oriente que la Grecia tenía gusto en considerar como un país maravilloso (4). Sin embargo, no deben desecharse completamente estas primeras descripciones de la India. Un juez muy competente, el sabio orientalista *Lassen*, dice que las narraciones de *Nearco* se distinguen por su exactitud (5). *Estrabon* no ha tenido en cuenta que los compañeros de Alejandro,

(1) *ARRIAN., Indíc., 20, 21, 34, 35, 36, 42.*

(2) *Q. CURT., IX, 9.—ARRIAN., Exped. Alex., VI, 19.*

(3) *STRAB., lib. XV, p. 471; lib. II, p. 48.*

(4) *STRAB., lib. XV, p. 483, 480.*

(5) *LASSEN., Ind., Alterth., t. II, p. 687.*

cuyos escritos se conservan, eran en su mayor parte soldados, que disponían de poco tiempo para observar los hombres y las cosas en medio de la difícil guerra que sostenían contra los Indios.

Debemos admirar lo que han observado á su paso y no criticarlos con acritud. Sus observaciones no versan solamente sobre el estado físico del país, sino también sobre las costumbres de sus habitantes. Lo que principalmente llamó su atención fué los solitarios brahmanes y sus rudas mortificaciones. Hallaron á algunos de ellos sobre un pié, y teniendo en sus manos una especie de viga, á otros tendidos en tierra, cubierta la espalda de piedras y expuestos desnudos al sol y á la lluvia (1). ¡Qué abismo entre las dos ramas de la raza aria, los Indios y los Helenos! A juzgar por sus relaciones, los Griegos no se escandalizaron mucho de aquellas extravagancias, pero no cayeron en la tentación de imitarlas. Fué necesaria una religión nueva, excesivamente espiritualista, y que predicaba el desprecio del cuerpo, para que los anacoretas cristianos se sometiesen á torturas voluntarias, de la misma manera que los vanaprasthas de la India. Afortunadamente las poblaciones europeas no estaban dispuestas á practicar aquellas santas locuras, pues de otro modo la Europa se hubiera convertido en una copia de la India brahmánica.

N.º 3. — Viajes en tiempo de los sucesores de Alejandro.

I. — Los Seléucidas. Megastenes.

Aun cuando los sucesores de Alejandro no tuviesen los grandes planes de su señor, el interés de su ambición los impulsó á continuar la política comercial iniciada por el héroe griego. La exploración del Oriente continuó, ya por medio de navegantes, ya por medio de embajadores. Evemero, almirante de Casandro, descubrió varias islas en el Océano meridional; pero sus narraciones merecieron poco crédito; Estrabon lo coloca entre los impostores (2). Hemos dicho que se originaron relaciones íntimas entre

(1) NEARCH., *fragm.*, II, p. 61, B.—ONESICRITI *fragm.*, 10, p. 51, A.

(2) FORBIGER, t. I, p. 156.—STRAB., lib. I, p. 32, 71.

los primeros Seléucidas y los reyes de la India; para mantener este comercio amistoso, Seleuco envió un embajador cerca de Sandrocoto; Megastenes vivió durante varios años en Palibotra, célebre capital de los Prasios, situada á orillas del Ganges; tal vez fué el primer europeo que vió el río sagrado. Megastenes publicó una relación muy extensa de la India; en sus escritos han tomado los autores antiguos lo que cuentan de aquella comarca célebre y de sus habitantes; pero la inclinación á lo maravilloso, innata en el Oriente, contagió también á los diplomáticos, según parece. Megastenes tropezó en este escollo; añade á los cuentos de Ctesias otros todavía más increíbles, á pesar de que escribe como testigo ocular. Una vez son pueblos que no tienen más que un ojo, sin boca, sin nariz, con grandes piés y con el dedo pulgar inclinado hácia adentro; otra vez son hombres salvajes con cabezas en forma de cuña. La imaginación oriental creaba también seres más graciosos. La nación de los Astomes se viste con el vello de las hojas; se alimenta exclusivamente del perfume de las raíces y de las flores; un olor un poco fuerte mata á aquellas aéreas criaturas (1).

Daríamos una idea muy falsa de Megastenes si no hiciéramos mención más que de las narraciones fabulosas que nos ha transmitido: su error en esta parte consiste en haber escuchado con demasiada credulidad á los brahmanes. Pero hay en su obra algo más que fábulas; trata de la geografía y de la historia de la India, de sus habitantes, de sus leyes y de sus costumbres, de la institución de las castas y especialmente de los brahmanes y de su doctrina, y por último, de la organización política del país. Lassen ha sometido á una crítica severa las narraciones del embajador griego, y las ha encontrado casi siempre en armonía con los libros sanscritos (2). Megastenes explica los deberes de los brahmanes hasta en sus menores detalles, como si hubiera leído los libros sagrados. Expone el principio de su celebrada sabiduría; análogamente á los verdaderos discípulos de Cristo, consideraban la vida actual como una carga, de que tenían prisa de desembarazarse; creían, como

(1) STRAB., XV, p. 485.—PLIN., VII, 2, 18.

(2) LASSEN, *Ind. Alterth.*, t. II, 2, p. 663-727.

los cristianos, que la verdadera vida comenzaba con la muerte; pero con más lógica que aquéllos, sentían un profundo desprecio hácia toda especie de actividad: lo contrario, decían, sería tomar en serio las vanas agitaciones de nuestros sueños. Por el contrario, los Griegos, dotados de un admirable sentimiento de la realidad, creyeron que el mundo futuro, tal como los Indios lo concebían, era un mundo imaginario, y que la vida verdadera era la que las condiciones materiales de nuestra existencia nos permiten realizar en esta tierra, lo cual no les impidió cultivar el bien y la belleza. Gracias á estas felices disposiciones de su genio, llegaron á ser el pueblo civilizador por excelencia, al paso que los Indios siguieron encorvados bajo el despotismo intelectual y moral de la casta de los sacerdotes.

Después de la muerte de Sandrocoto, Seleuco envió una nueva embajada á su sucesor. Deimaco residió también en Palibotra; publicó una descripción de la India que, según Estrabon, supera en tradiciones fabulosas á las de los otros escritores (1). El ilustre geógrafo es severo hasta la injusticia en sus juicios respecto de los viajeros griegos. Sus relaciones son generalmente exactas. Solamente se advierte en ellas un vacío, que Estrabon no notaba, por más importante y singular que sea. ¿Cómo se comprende que los embajadores griegos hayan vivido durante varios años en la India brahmánica, y hayan ignorado, sin embargo, la existencia de la literatura sanscrita, que era ya en aquella época la más rica de la antigüedad? Este hecho no puede explicarse sino por la circunstancia de que la literatura india es esencialmente sacerdotal; es como el privilegio de una casta. Ahora bien, los brahmanes sentían un soberbio desden hácia los *mlétchas*, y hubieran considerado como una mancha el iniciar á un extranjero en su ciencia sagrada. Tal es la funesta influencia del espíritu teocrático. La literatura griega ha llegado á ser el patrimonio común del género humano, al paso que los tesoros de imaginación y de filosofía de los Indios han estado ocultos al mundo hasta nuestros días.

(1) STRAB., lib. II, p. 48.

II. — Los Tolomeos. Eudoxio.

Los Tolomeos tenían el genio comercial en mayor grado que los Seléucidas; la situación del Egipto les inspiró la ambición de extender sus relaciones con el África y con el Asia. Tolomeo Filadelfo comisionó á su almirante *Timóstenes* para que remontase el Nilo y explorase ó sometiese la Nubia y las tierras próximas al río. Sus oficiales penetraron por el Mediodía y por el Oeste en comarcas aún hoy desconocidas para los viajeros modernos; sus flotas costearon el África occidental y fundaron en ella un gran número de establecimientos. Filadelfo se ocupó también del comercio marítimo del Egipto con la India y con los demás países situados en los mares orientales. A las expediciones dirigidas por los Tolomeos debieron los antiguos sus conocimientos relativos al golfo arábigo y al Océano índico; de entonces datan también los nombres griegos, que con sorpresa se han encontrado en aquellas playas. De la misma manera que los navegantes modernos, los almirantes de los reyes egipcios se complacían en trasportar á tierras extranjeras los recuerdos de su patria; daban á los países que descubrían los nombres de sus soberanos ó de sus compañeros. Las islas de *Dioscórides*, *Agatócles*, *Timagénes*, han perpetuado tal vez los nombres de algunos atrevidos navegantes, olvidados ya hace tiempo, pero que fueron tan célebres en el siglo en que vivieron como en nuestros tiempos Cook, Bougainville y La Pérouse (1).

Los historiadores no nos dicen nada sobre estos viajes; un solo nombre se ha salvado del olvido, y aún va oscurecido su recuerdo por algunas tradiciones evidentemente falsas. *Eudoxio* ha sido el más intrépido de los viajeros antiguos. Era uno de esos hombres entusiastas por los descubrimientos, que llevan adelante su pensamiento á través de todos los obstáculos; no le faltó más que la brújula para ser el Colón de la antigüedad. La reputación de los Tolomeos le atrajo á Egipto. Por la misma época los guardacostas

(1) SAINT-MARTIN, en la *Biografía univers.*, en la palabra *Ptolémée*, página 203-205.

del golfo arábigo presentaron al rey un Indio que habian encontrado, segun decian, solo y medio muerto en un buque; no habian podido saber de dónde venía, porque no entendian su lenguaje. Enseñaron un poco de griego al náufrago, y contó que, habiéndose hecho á la vela en las costas de la India, se habia extraviado y habia llegado al Africa, despues de haber perdido todos sus compañeros; prometió que, si lo querian enviar á su país, enseñaria á los pilotos el camino de la India. Aprovechando tan feliz circunstancia, Eudoxio hizo varios viajes. En una de sus expediciones vió los restos de un buque: segun los naturales, habia pertenecido á gentes que habian venido del Occidente. De regreso á Egipto se apoderaron de todas las cosas raras y preciosas que traía; pero lo que más interesaba al apasionado navegante era el *espolon de proa de un buque*, que habia traído consigo. A fuerza de indagaciones adquirió la certidumbre de que aquellos restos provenian de un barco de Cádiz que se habia aventurado en los mares occidentales del Africa; el buque y los tripulantes habian perecido. Eudoxio no dudó ya de la posibilidad de dar la vuelta al Africa navegando, y desde aquel momento no tuvo más que un pensamiento, el de emprender aquella peligrosa navegacion. Realizó toda su fortuna y recorrió las costas del Mediterráneo hasta Cádiz, anunciando por todas partes su proyecto y recogiendo fondos, con cuyo auxilio armó buques y se hizo á la vela para la India. Al principio le favoreció el viento; más adelante los obstáculos, y tal vez la resistencia de las tripulaciones, le obligaron á retroceder. Habiendo llegado á la Mauritania, el infatigable viajero invitó al rey á enviar una flota á los parajes de donde venía; pero los consejeros del príncipe africano, temiendo abrir su país á los extranjeros, querian, bajo pretexto de encargar al navegante griego la ejecucion de sus planes, abandonarlo en alguna isla desierta. Obligado á huir, Eudoxio volvió á España: consiguió armar nuevos buques y tomó sus medidas para llevar á buen fin su empresa. No nos es conocido el resultado de esta última expedicion; el intrépido marino habrá encontrado la muerte en una navegacion imposible para las fuerzas de la antigüedad (1).

(1) STRAB., lib. II, p. 67 y sig.

Estrabon no ve en esta narracion más que un cuento inventado por *Posidonio* ó repetido por él. Gosselin, apoyando al escritor griego considera á Eudoxio como un impostor, porque un historiador latino da de sus viajes detalles diferentes de los de Posidonio (1). Hoy no hay duda respecto de los viajes de Eudoxio. Sería injusto hacer á los navegantes responsables de las tradiciones fabulosas que se forman y propagan con tanta más facilidad cuanto más extraordinarias son sus empresas (2). Pero el genio y la audacia de un hombre no podian luchar con las dificultades que nacen de la imperfeccion de la navegacion. Debian ser todavía muy escasas las relaciones del Egipto con el Oriente, puesto que un viaje directo hácia la India parecia una expedicion arriesgada. Eudoxio sucumbió, y su memoria, como la de Piteas, dió origen á muchas fábulas. La ciencia tiene el deber de rehabilitarlos: aquellos primeros marinos merecen nuestra admiracion con más razon que sus afortunados sucesores, porque han tenido que vencer mayores obstáculos. Sus esfuerzos heróicos, pero inútiles, demuestran al mismo tiempo el poder del espíritu humano y la lentitud de sus progresos. La antigüedad no estaba destinada á hacer grandes descubrimientos marítimos: esta mision estaba reservada á una edad en que el espíritu comercial, unido al afán de aventuras y ayudado de la brújula, tuviera bastante fuerza para permitir á los hombres arrostrar la inmensidad de los mares.

(1) GOSSELIN, *Investigaciones sobre la geografia de los antiguos*, t. I, p. 217.

(2) HEEREN, *de India Græcis cognita* (*Comment. Soc. Goetting.*, t. X, p. 149). — SAINT-MARTIN, en la *Biografía universal*, en la palabra *Ptolémée*, p. 234. — MALTE-BRUN, *Historia de la Geografía*, libro IX. — HUET, *Notas sobre Pomponio Mela* (107).